

que los que tiene el mundo entero. *Stetit, et mensus est terram* (1).

¡Dilatada empresa! Solo correspondia á un hombre como él. ¿Quánto zelo es menester para intentarla y saberla dirigir? A la verdad, que para ejecutarla se necesitaba una sabiduría consumada. Estos son, señores, los prodigios de aquella sabiduría que debo haceros admirar aquí. Sabiduría igualmente hábil, tanto para combatir á los que corrompen la Religion, quanto para formarla en aquellos que la ignoran. Entremos en esta dilatada carrera, seguros de que á cada paso que demos se nos multiplicarán los triunfos. Todo el mundo entero es el campo que os propongo. El es el teatro en donde debe exercitarse la sabiduría de *Ignacio* para honra y gloria de la Religion. Atended al detalle de una materia tan exquisita.

La Religion tiene enemigos en su mismo seno. Sus propios hijos son los que la devoran con mas furor. Ciegos y presuntuosos los unos, atacan las verdades que enseña y la corrompen con su doctrina. Respetando esta los otros, son infieles en la práctica, y como sacuden el yugo que les impone, la corrompen con sus costumbres. A los primeros es menester instruirles, y á los segundos moverles. En aquellos hay errores que destruir, y en estos vicios que desarraigar. Emprendé nuestro Santo esta costosísima obra, y la executa. Pero, ¿deberé yo referir los milagros de su prudencia

(1) Habac. c. 3. v. 6.

cia sin manifestaros la triste pintura de las desgracias que les ocasionaron? ¿Cuál era el estado de la Iglesia?

Obediente la Inglaterra por mucho tiempo á los decretos de los soberanos Pontífices, acababa de separarse de su autoridad. Por medio de una repentina revolucion, se sepultó en el injusto resentimiento de un príncipe ciego por el fuego de sus pasiones. En Alemania acababa de presentarse un hombre vivo é impetuoso á quien animaba el deseo de un vil interés. Era vehemente en sus discursos, y tenia mucho poder sobre la credulidad de los pueblos. Un peligro tan grande como este amenazaba en Francia á la Religion. Ya se empezaban á formar aquellas funestas tempestades, cuyos negros vapores no se disipan sino despues de unas guerras sangrientas. Era universal el contagio, y ya se iban deslizando los nuevos errores de provincia en provincia, y de reyno en reyno. Por todas partes seguia el nacimiento de la heregía á la depravacion de las costumbres. La piedad estaba desterrada del Santuario, y la Casa sin obreros. La ignorancia de los prelados parecia que autorizaba la de los pueblos, y servian sus perniciosos exemplos de excusa á los escándalos que reynaban y á la impiedad que se esparcia.

¿Quién defenderá, pues, á la Religion en tan deplorable estado? *Ignacio*. Guiado este por la sabiduría atraerá la paz á la Iglesia. El solamente lo hará, porque de nadie necesita. Sabe multiplicarse y extender su espíritu por toda la tierra. Combatir á todas las heregías

y extirparlas; atacar á todos los vicios y desarraigarles. Emprende, pues, esta obra, y se extremece el infierno, quien se valia de todos los medios posibles para destruir un proyecto que le debia ser tan fatal. Combate *Ignacio* y triunfa, tanto por sí mismo quanto por los que á él se asociaron.

¿Queréis vosotros que os recuerde aquí todos los trabajos que tuvo que sufrir para juntar á sus primeros discípulos; las medidas que tuvo que tomar antes de manifestarse á ellos, y las trazas de que tuvo que usar para unírseles por un vínculo imperceptible? ¿Os acomoda que siga yo á aquellos nuevos apóstoles por las grutas subterráneas que recibieron sus solemnes votos? Sobre aquella respetable montaña en donde todavía está chorreando la sangre de los mártires, les vereis recoger un zelo tan grande y un valor tan singular, que les hará triunfar hasta de la misma muerte. No tardareis mucho tampoco en verle salir de aquellas venerables cuevas. Apoderase de ellos un fuego divino. Manifiesta Roma sus deseos, y puestos baxo el cuidado de *Ignacio* se empeñaron muy en breve en la delicada carrera del apostolado, haciendo verdaderos prodigios con sus primeros ensayos. Las aguas de aquel nuevo rio se alejarán de su origen, y acarrearán sin tardanza la fertilidad mas abundante hasta en las tierras mas estériles é ingratas.

Pero yo me estoy cansando, y esta nueva Compañía combate ya maravillosamente al error. Anglicanos, Luteranos y Calvinistas, todos

dos son el objeto de su zelo. Armado con el acero de la predicacion, ataca, persigue, ataja los rodeos, descubre los artificios y vence los obstáculos. La mas fuerte resistencia cede al ardor de un zelo tan activo. Ni los principios erroneos, ni los engañosos discursos se escapan á la vigilancia de aquellos héroes christianos. Vencedores en las públicas disputas y en las particulares conversaciones, por todas partes se anunciaban su gloria y sus triunfos. ¡Qué hombres aquellos! Mas ¿acaso nos debemos admirar de esto? Aquellos eran unos hombres formados por la sabiduría de *Ignacio*. Este habia indagado la naturaleza del veneno antes de aplicarle el remedio. Conocia la debilidad de la heregía y por eso no se detenía en atacarla con su propia debilidad.

Estaba muy bien enterado de que los hereges buscan por la brillantez de una doctrina pomposa el medio de alucinar á los entendimientos. Y ¿qué es lo que él les oponia? Unos hombres alimentados con la sana doctrina; armados de las sagradas autoridades como de un escudo impenetrable; enemigos por razon de su estado de todas las novedades profanas; desprendidos de su propio sentimiento y cefidos á seguir el que estaba mas generalmente aprobado. Sabia *Ignacio* tambien, que los hereges son ingeniosos para encubrirse. Y ¿qué es lo que oponia contra ellos? Unos hombres capaces de sacar el error de entre las sombras con que se cubre: unos hombres que persuaden ó confunden con la solidez de su doctrina, y son los destructores de la here-

gía, ó las víctimas de la verdad. Sabia igualmente, que los hereges procuran con todos sus esfuerzos trastornar el império de la Iglesia. Y ¿qué oponia contra ellos? Unos hombres unidos á los soberanos Pontífices, que respetaban los decretos de Dios en los de su Iglesia, y unos hombres, en fin, que se imponian la obligacion de ser á un mismo tiempo, y a sus mas fieles hijos y ya sus mas zelosos defensores.

Tal es el espíritu y la sabiduría que conduce á *Ignacio*. ¿Quántas veces desafió al combate esta digna cabeza de Israel á sus mas poderosos enemigos? ¿Quántas veces les obligó á excusar por medio de una precipitada fuga la confusion que les esperaba? Hasta en sus atrincheramientos sabia descubrirles. Procure desde luego aquella artificiosa serpiente de la heregía librarse una y mil veces de la triste suerte que la espera, y busque en buena hora el medio de seducir á la credulidad de los pueblos por una falsa sumision, que la sabiduría de *Ignacio* sabrá descubrir la impostura y desconcertar al error. Medite desde luego la heregía al verse superior á su derrota el modo de vengarse de su vencedor, que tranquilo *Ignacio* en medio de la tempestad advertirá los proyectos del furor; les destruirá su prudencia, y adquirirá de ellos la victoria quando lisongeados estén meditando su pérdida.

En el centro de la caridad, Roma, se dexó ver un falso apóstol que, aunque célebre por sus talentos, lo era aun mucho mas por su

su reputacion. Hombre al parecer de buenas costumbres, hábil en el modo de producirse, é ingenioso para extender sus errores y hacer gustar de ellos. Como dueño de los espíritus, procuraba cautivar los corazones y hacer correr en ellos por unos imperceptibles conductos el veneno que sabia preparar con arte. En una palabra, era un nuevo Lutero, que se levantaba contra la Iglesia en el seno de la Iglesia misma. ¡O qué asombro! Es menester combatir, proscribir y anatematizar á este fatal enemigo de la Religion: Enardecióse la fe y el zelo de *Ignacio*; pero no le permitia la sabiduría dar un ruidoso é indiscreto golpe. Admirad, pues, señores, la conducta de un hombre en quien siempre reyna la prudencia. Contúvose desde luego en el preciso silencio, y observando al herege para conocerle mejor, no le descubrió despues sino para mas bien atacarle y confundirle. Ya habia intentado nuestro Santo apartar el error con avisos sabiamente discurridos y manejados; pero de ningun modo queria rendirse, ni condescender con ellos. Sabia indemnizarse de la justa sospecha de *Ignacio*, y echarle con mucha maña la culpa. Declaróse la guerra y fué nuestro Santo acusado, siendo sus discípulos comprendidos en la misma persecucion. Nuestro Santo era á favor de Roma, y esta ciudad era contra nuestro Santo. Hasta este punto llegarás tú, novedad profana, pero ya tienes en él el término de tu audacia. *Usque buc venies*. Tu orgulloso esfuerzo vendrá á estrellarse contra su prudencia: victoriosa siempre su sabiduría

duría confundir á sus enemigos con los mismos testimonios que habian reproducido contra él. Desesperado, confuso y fugitivo el monge apóstata, no se libró algun tiempo de su desgraciada suerte sino para servir mas bien, á pesar de todos sus artificios, á la gloria de la Religion, y en particular al triunfo de *Ignacio*. *Vincitur per sapientiam*. ¿Quántas otras excelencias tenia que referir todavía acerca de su sabiduría?

Desde la capital de Roma, en donde habia hecho su asiento aquel nuevo sol, esparció sus rayos por toda la Europa, y se disiparon repentinamente las tinieblas en que estaba sepultada. Un concilio ecuménico admitió los oráculos de *Ignacio* en boca de Laynez, Salmeron y Jay. Por la sabiduría de nuestro Santo fué por la que atacó, combatió y deshizo el célebre Canisio á los hereges de Alemania. Ella fué tambien la que guió el zelo del grande Campiano en Inglaterra, y le hizo mártir de la verdad despues de haber sido su apóstol. Y ¿no parece que la Francia ha tenido otro *Ignacio* en el ilustre Regis, vencedor del Calvinismo y gloria de la Compañía de Jesus? Pero no es bastante defender á la Religion atacada en su doctrina. Es menester aun restablecer la santidad de sus costumbres. Yo no sé, á la verdad, lo que será mas difícil, si atraer un pecador á la gracia, ó un herege á la verdad. Para triunfar de este, basta muchas veces destruir las preocupaciones de su entendimiento; para vencer á aquel siempre es necesario arrancar los pen-

samientos de su corazon. La conquista de este es una obra delicada, que no ignoraba nuestro Santo. Una triste experiencia le habia hecho conocer muy bien quan poderoso es el imperio de las pasiones. Pero ¿qué es lo que no puede el zelo sostenido por la sabiduría? Esta es un torrente que rompe todos los diques. Nada se resiste á sus esfuerzos. Lo mismo fué presentarse á *Ignacio* que levantarse la piedad sobre los despojos de la irreligion. Los encantos de la lascivia cedieron á los atractivos de la virtud. Cesaron los desórdenes, y no quedaba por ninguna parte sino el amargo sentimiento del abandono.

¡Quántas maravillas, señores, ofreceria yo aquí á vuestra consideracion, si refiriese todas las victorias que consiguió nuestro Santo sobre las iniquidades del siglo! Pero detenida mi imaginacion con la multitud de objetos, apenas puede seguir en la rapidez de su carrera á aquel conquistador de las almas. Cortóse el pomposo lujo de las mugeres mundanas; y los juegos de envite, en donde muchas veces deciden las fullerias, fueron suspendidos y proscriptos dexando permanente á la fortuna. Restablecióse la regularidad en un famoso monasterio, y renació en él el espíritu y el fervor. Pero esto, oyentes míos, no es sino el preludio de lo que debia hacer *Ignacio*. Mas vasto era su corazon que el Universo. Semejante á la luz, hubiera querido estar á un mismo tiempo en todas partes. Nada era imposible para su caridad, ni ninguna cosa detenia la actividad de su zelo.

Vedle sumergido , á pesar del rigor de la estacion , en un estanque medio helado , y ser desde esta nueva especie de púlpito un predicador persuasivo y libre de los desgraciados lazos de una criminal costumbre. ¡Ah! mucho mas feliz que su prudencia en esta ocasion , se habia persuadido aquel inocente artificio para asegurar á la gracia la conquista de un corazon rebelde.

Miradle puesto á los pies de un ministro prevaricador , como se hace penitente por atraerle á la penitencia , y como confiesa porque confiese. Sus lágrimas eran como una piadosa extratagem para mover aquel empedernido corazon. Este era el único recurso que quedaba á su prudencia para volver á aquel infiel servidor á la santidad de su estado.

¡O qué conducta , gran Dios! En ella reconozco tu sabiduría. Sola ella podia ser capaz de hacer obrar á *Ignacio* semejantes prodigios. Estos son los que multiplica y perpetúa mediante los trabajos de su Compañía. Ella es quien ha hecho volver á la casa de sus padres tantos hijos pródigos. Ella quien por los encantos de la eloqüencia instruye á los entendimientos y conquista los corazones. Pero con lo que principalmente triunfa , es con la fuerza de sus exemplos. ¡Qué conjunto tan maravilloso de virtudes forma su caracter! Si se mira á la mortificacion se verá que impuso *Ignacio* á su Compañía una obligacion otro tanto mas esencial acerca de ella , en quanto parecia que la abandonaba al libre y desesperado furor de cada particular. Si se atiende á la

la obediencia , se observará que no dexa seguir á su Compañía otra voluntad que la de una potestad superior con la qual queria que tratase y se extendiese. Dígalo sino aquella famosa carta en donde supo pintar su sabiduría con tan vivos colores los caractéres de la obediencia , y en donde hizo ver , que esta es la única virtud que mantiene y produce á todas las demas. Como obra digna de su autor, se ven en ella mas oráculos que palabras::: Atento siempre á mantener en su Compañía una perfecta obediencia , sabia igualmente hacer que subsistiese en ella la mas heróyca caridad.

Sí , christianos. Digo la mas heróyca caridad , porque queria *Ignacio* que olvidase su Compañía los mas sangrientos ultrages , caridad tan propia siempre por cierto , que la atrajo mil veces la secreta benevolencia de sus mas terribles enemigos. A vista de este espíritu que caracteriza el instituto , ¿cómo es posible que desconozcais la sabiduría del Fundador? En combatir todos los vicios con el exemplo de todas las virtudes , es en lo que consiste el colmo de su sabiduría. Mas , ¿qué digo yo? Aun no teneis sino una ligera idea de lo que es. Confundir la heregía y abolir el vicio , es una parte de las muchas que componen sus trabajos. Eran mucho mas vastos sus designios. Ya que habia dado contra los que corrompian la Religion , debia instruir tambien en ella á los que la ignoraban.

No , no sois vosotros solamente , ó desgraciados pueblos , puestos á la sombra de la muer-

muerte en esas regiones distantes á donde jamas ha penetrado la luz de la fe, no sois vosotros, digo, únicamente á los que se necesita comunicar la profundidad de nuestros misterios. En medio de la Iglesia hay christianos, cuya razon es tan limitada, que apenas es capaz de descubrir la cosa mas leve. Susceptibles á todas las preocupaciones, siguen la ley porque se les ha dicho que es menester que la sigan. Como ignoran lo que profesan son unos espíritus muy fáciles al error, y á quienes es menester disipar las primeras tinieblas. Al cuidado de *Ignacio* es al que entregó la Religion aquellas nuevas plantas. A él le toca cultivarlas. Esta parte de un ministerio apostólico, era muy importante para que se escapase á su zelo. Su prudencia la supo desempeñar, y la obra causó la admiracion del Universo.

Aquí quiero recordaros el origen de aquellas célebres academias, en donde entregada la juventud á la prudencia de nuestro Santo y de maestros hábiles, se instruye á un mismo tiempo en la ciencia que en la piedad; donde la misma mano que dirige á los entendimientos en el estudio de los conocimientos humanos; les dirige tambien en el de las santas verdades, y en fin, donde por medio de la educacion mas perfecta, proporciona el tiempo á la Iglesia y al estado las mas abundantes riquezas.

Sábía índole de *Ignacio* por cierto, pues supo conciliar la ventaja de su Orden con la utilidad de la Religion, y mantener en ella

la

la ciencia sin perjudicar á la piedad. En efecto, no conocerle mas que por su ciencia, es no tener casi idea de lo que es. El espíritu de Religion que le anima es uno de los méritos que le hacen digno de nuestros elogios.

¡Ah! No hay cosa mas comun en él que sacrificar la ambicion de ser sabio por la obligacion de ser virtuoso. Los discípulos de nuestro Santo están libres de semejante reprehension. Quería que divididos entre el estudio y la oracion, se defendiesen con el recogimiento de aquel de la disipacion que podia sobrevenirles en ésta. Quería que por el espacio de dos años se ejercitasen en el estudio de la virtud antes que se empeñasen en la carrera de las ciencias. ¿Salian del bullicio de las aulas? Pues en este caso quería que en el silencio de un segundo retiro se afirmasen de nuevo en la práctica de la perfeccion. En una palabra, gustaba de que la misma ciencia fuese para ella una fuente y un medio de santidad. Queriendo mejor ver en su Compañía santos que sabios, prefería las virtudes sin talentos á los talentos sin virtud. Un exemplo maravilloso os convencerá mas bien de esta proposicion.

En el décimo sexto siglo se dexó ver un hombre cuya reputacion se mantiene aun hoy dia: era de ingenio vivo, sublime, penetrante y universal, capaz de aprenderlo todo, y feliz para retenerlo en su memoria; versado en todas las lenguas, y profundo en todas las ciencias; favorecido por un gran príncipe, que le miraba como un hombre superior á los de-

demas ; respetado de los sabios , quienes le reconocian por su maestro , y celebrado , en fin, por toda la Europa , quien no solo le admiraba , sino que le consultaba como á oráculo.

¡Qué á propósito parecia un hombre como este para patrocinar los designios de *Ignacio*! Lo parecia en efecto , pero no lo era. No tardó mucho tiempo nuestro Santo en desengañarse de aquella fingida apariencia que le habia pretendido engañar. Contra toda la brillantez del mérito , supo desentrañar su prudencia en él un carácter vicioso. En su grande entendimiento tuvo mafia para descubrir el espíritu sistemático que le dominaba. Esto era suficiente. Los grandes talentos no le podian hacer titubear. Si fuera virtuoso Postelo hubiera sido digno hijo de *Ignacio*. No hubiera necesitado mas que su virtud , aunque para ello no le era suficiente su ciencia. Su exemplo , pues , hizo conocer al universo admirado , que sabia nuestro Fundador separar de su Compañía á los individuos que mas la podian honrar , siempre que no acarreasen igualmente honor á la Religion. Mas ¿para qué me detengo yo aquí? ¿Por qué no he de adelantar mis pasos hasta mas allá de la Europa? La sabiduría de *Ignacio* resplandece desde un polo á otro. Por todas partes asegura triunfos á la Religion. *Sapientia complevit labores illius* (1).

Con el favor de una dichosa navegacion, y baxo los auspicios de un poderoso rey, acaba-

(1) Sap. 10.

baban de salir las indias Orientales del tenebroso cahos en que hasta entónces habian estado sepultadas. ¡Qué admirable es en todo el orden de la divina Providencia! Hasta las mismas pasiones del hombre sirven para los designios de Dios. Con la esperanza de este descubrimiento , menospreció un pueblo belicoso los peligros de la mar y llegó á aquellas extrañas riberas , estableciendo en ellas no solamente su fortuna , sino su dominacion. Aquel era un puerto , que abria el cielo en las regiones infieles para el establecimiento de la fé. Aunque la codicia humana vaya á despojar de sus inmensas riquezas á esta tierra fértil , llevarán tambien á ella tesoros mas preciosos unos infatigables apóstoles. Enarbolarán el estandarte de la cruz sobre las ruinas de la idolatría ; dulcificarán desde luego el bárbaro y feroz carácter de aquellos pueblos incultos , y les harán christianos ; pero ¿qué digo yo? Harán mártires de ellos.

Esta gloria estaba reservada no tanto para el mismo *Ignacio* , quanto para sus hijos. Sino hubiera escuchado mas que al ardor de su zelo , en breve se le hubiera visto al frente de tan grande obra poner los fundamentos á esta nueva Iglesia. Se creía mucho mas dichoso en coronar sus trabajos por el sacrificio de su vida. Por lo mismo , si hubiera hecho tal peregrinacion á las tierras infieles , no hubiera dexado de buscar á los tiranos , menospreciar su furor , y hablar y morir por la fé. Pero la suerte no es siempre conforme á los deseos. Manifestó el cielo su voluntad , y permaneció

ció en Europa. A pesar de sus lágrimas y de su resistencia le vió Roma por primer General de su Orden. La sabiduría de su gobierno admiró al mundo christiano, y no hay duda que servirá de modelo á sus sucesores. Pero no estaba destinado para él triunfar de la idolatría. ¡Qué sentimiento para su corazón! ó por mejor decir, su corazón participará de todos los trabajos de sus hijos. En efecto, sigámosle hasta los climas mas remotos, y veremos como no se gobiernan sus discípulos sino por el espíritu de su maestro. La sabiduría de *Ignacio* es quien los dirige, y su zelo el que los anima.

Yo veo á aquel grande Héroe christiano Xavier, que en los últimos tiempos de la Iglesia renovó las maravillas de la primitiva; á aquel nuevo Pablo que por la virtud de su predicacion y por la multitud de sus milagros, reduxo á la obediencia de la Iglesia á tantos reyes y reynos; á aquel corazón mas grande que el de Alexandro para quien no bastaba la conquista de todo un mundo, y, en fin, á aquel incomparable apóstol de las Indias y del Japon que no pensaba ni hacia nada sino por los consejos y las órdenes de *Ignacio*. Este era el que arreglaba todos sus pasos. Que hable sino, y se verá como el sol del Oriente, suspende su rápido curso. Como humilde discípulo de nuestro Santo, puso á sus pies las coronas de los monarcas y los corazones de los pueblos que sujetó á los estandartes de la cruz. En una palabra, le ofreció el fruto y la esperanza de sus trabajos.

Aho-

Ahora bien, hombres apóstólicos, vosotros que sois dignos sucesores de Xavier, vosotros que habeis padecido tantas fatigas, recorrido tantos mares y despreciado tantos peligros. ¿No es verdad que quando anunciasteis el Evangelio á presencia de los tiranos, menospreciando santamente el furor con vuestro zelo, y haciéndoos mas intrépidos é invencibles la muerte que teniais delante de los ojos, era el espíritu de *Ignacio* el que os animaba? El era el que sin duda excitaba vuestro valor é inspiraba vuestros mas que humanos sentimientos.

Estas eran las expresiones con que se distinguia *Ignacio* para mayor gloria de Dios. *Ad majorem Dei gloriam* (1). Todas sus acciones y pensamientos se dirigian á aumentar la gloria de Dios, defenderla, extenderla y perpetuarla. *Ad majorem Dei gloriam*. Tales eran los sentimientos que se perpetuaban en su Compañía. No, no era un vil interés el que la hacia pasar los mares y regar con la sangre de sus apóstoles aquellas tierras ingratas. La gloria de Dios y el establecimiento de la Religion en ellas era el noble objeto que la animaba. *Ad majorem Dei gloriam*. Los templos de los falsos dioses reducidos á ceniza; los cultos supersticiosos abolidos, y la fé triunfante en el centro de la idolatría, son otras tantas voces que os manifiestan mejor que la mia haber sostenido únicamente la constancia de un zelo tan heróyco el interés de la gloria de Dios. *Ad majorem Dei gloriam*. Si los

hi-

(1) *In vitâ S. Ignat.*

hijos de *Ignacio* fueran unos apóstoles ambiciosos, ¿qué necesidad tenían de haber ido á buscar á otro emisferio los honores que hallaban y rehusaban por todas partes contentándose solo con merecerlos?

¿Qué hombres, pues, mas á propósito que estos para ocupar las primeras dignidades de la Iglesia? Pero como su regla les alejaba de ellas, no aspiraban sus corazones á obtenerlas. Persuadido nuestro Santo á que semejante sacrificio era muy necesario á su Compañía, la impuso sobre ello una estrecha obligación. Solo el mandato de los soberanos pontífices la pudo legítimamente dispensar; pero ¿quan poco se supo aprovechar de esta licencia? ¡O Religión santa! ¿No miraba *Ignacio* á vuestra gloria en las ventajas que queria proporcionar á su Compañía? Su idea era la de ponerla en estado de que os sirviese siempre con fidelidad al mismo tiempo que con desinterés.

¡Admirable sabiduría de *Ignacio* para perpetuar mas allá de sí mismo las puras intenciones de su zelo, y asegurar á la Religión inmortales triunfos hasta desde el mismo seno de su sepulcro! ¡Ah! ¡Aquel lance tan triste me encamina insensiblemente á mi asunto! ¡Este es el término fatal de la brillante carrera que nos ofrece nuestro Santo! Si, christianos, murió en efecto; pero permitiéndme que recoja aquí sus últimos sentimientos. El cielo le llama para sí al propio tiempo que le detiene la tierra. Ya habia honrado y cumplido con su ministerio, y sin embargo quisiera empe-

ñarse su zelo todavía en nuevos combates. Aun quedaban pueblos que convertir. ¡Qué no pudiera ser su apóstol!

Pero yo me engaño; porque como fiel adorador de los divinos juicios, no escuchaba ya los movimientos de su zelo. *Sordet tellus*, decia él, *dum Cælum aspicio* (1). ¿Qué puedes tú hacer, ó mundo profano y herético, eterna mansion de todos los vicios, qué puedes tú hacer sobre mi corazon y espíritu? No, no me deleytan tus miserables bienes. Mucho mas sólidos son los que me esperan. *Sordet tellus*. No, decia á la tierra, triste mansion de mi destierro, no eres tú capaz de detenerme. Yo voy al Cielo que se abre para mí. Aquella es mi patria. A ella es á donde encamino todos mis deseos. *Sordet tellus, dum Cælum aspicio*. Transportado *Ignacio* en sus santos y heróyicos sentimientos, y como fuera de sí mismo, acabó con esta vida mortal. Si, christianos, murió aquel glorioso patriarca, aquel sabio Joseph de la nueva ley. Admirado y respetado durante su vida, no tardó mucho su muerte en hacerle por todas partes un objeto de veneracion. Su nombre está solemnemente escrito en los anales de la Iglesia, y toda la tierra está llena de sus alabanzas. *Laudis ejus plena est terra* (2).

Felipe Neri, Francisco de Borja y Cárlos Borromeo fueron sus panegiristas. La incomparable Santa Teresa le admiraba y la pare-

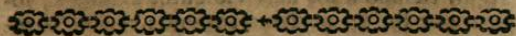
Tom. IV. I cia

(1) *In vitâ S. Ignat.*

(2) Habac. 3. v. 3.

cia que le estaba viendo reproducirse en su compañía. Baronio y Belarmino anuncian los maravillosos prodigios que cada día se notan en su sepulcro. Los soberanos pontífices creen que no pueden darle tan magníficos elógijs como mereçe. De tal modo , que así como *Ignacio* procuró la gloria de la Iglesia , se apresura esta para celebrar la de *Ignacio*. *Laudis ejus plena est terra.*

Viva, pues, y viva para siempre en el corazón de todos los christianos este hombre que fué el apoyo del Christianismo. Aprovechémonos de los socorros que nos ha dexado; y quiera Dios que nos lleve á la perfeccion sobre la tierra , y despues á la gloria del cielo. Amen.



PANEGÍRICO DE SAN GERMANO,

Obispo de París , Titular de la Abadía
Real de S. Germano de los Prés:

PREDICADO

En la Iglesia de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de S. Germano.

Cum ipso sum in tribulatione ; eripiam eum , et glorificabo eum. Yo le acompañe en la afliccion ; le sacaré de ella , y le colmaré de gloria. *Ps. 90. v. 15.*

Los trabajos y los contratiempos son la herencia de los santos. Talés son las misteriosas sendas por donde caminan á la gloria los escogidos de Dios. Siempre perseguidos y jamas abandonados , logran ser sostenidos por la misma mano que los tienta. Expuestos por